

El paseante que recorre la Castellana descubre muy pronto que se encuentra en la columna vertebral de las finanzas madrileñas.



TEXTO: Rafael Chirbes

FOTOS: Larry Mangino

CASTELLANA, RECOLETOS, PRADO

La arteria dorada de Madrid



Palacios y Otamendi diseñaron el Palacio de Comunicaciones, del que Chueca Goitia dice que él sólo era un trozo de ciudad.

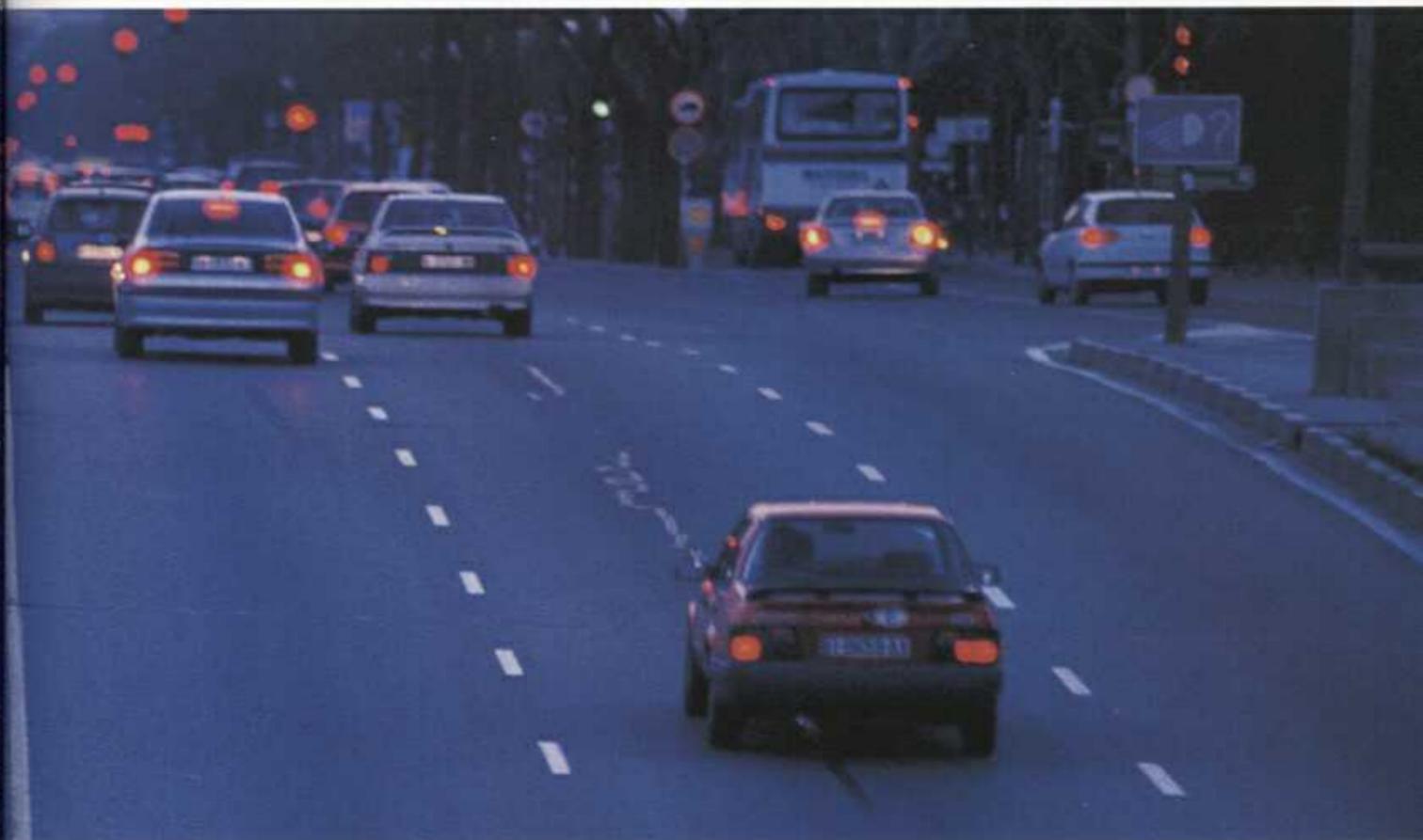


Es curiosa la aplicación del nombre de paseo a una larguísima calle por la que muy escasos madrileños se aventuran a pasear.





Trazada sobre el cauce de un arroyo que teniendo algo de río de metal y humo que el viandante debe vadear más que cruzar.



Empieza frente a la estación de Atocha y corta en dos la ciudad hasta la Plaza de Castilla, pero recibe nombres diferentes en sus distintos tramos. El situado más al sur, que concluye en la Plaza de la Cibeles, se conoce como Paseo del Prado; el que va desde Cibeles a la Plaza de Colón, se llama Paseo de Recoletos; y de ahí hasta la Plaza de Castilla, recibe el nombre de Paseo de la Castellana. No deja de ser curiosa la triple aplicación del topónimo paseo para nombrar una larguísima calle de media docena de kilómetros por la que no pasea casi nadie, sin duda porque el tipo de edificaciones que han acabado ocupando sus laterales -organismos oficiales, sedes de bancos, empresas de seguros y multinacionales- han impedido que se instalaran comercios

ante sus aceras, con el consiguiente bullicio que el negocio al por menor genera.

Además, en la mayor parte de su recorrido da la impresión de que esta calle es demasiado ancha. El ruidoso e incesante paso de vehículos por sus calzadas le otorgan -sobre todo al extremo norte, más allá del complejo de Azca y el estadio Santiago Bernabeu- aspecto de carretera que une, pongamos por caso, Irún con Cádiz. En otros momentos, cuando la luz roja de un semáforo interrumpe por unos instantes el tráfico, el viandante tiene la sensación de asomarse a un rambla, a un río sin agua, tal vez porque la avenida guarda la memoria genética del Arroyo del Abroñigal sobre la que ha sido levantada y cuyas filtraciones subterráneas tantos quebraderos de cabeza han causa-

do a los arquitectos que han construido en la zona. El peatón se contagia con la idea de que hay que vadear la Castellana, de que hay que cruzarla si se quiere llegar a algún sitio. En el caso de verse obligado a recorrer longitudinalmente alguno de sus tramos, a nadie se le ocurre caminar más allá de unos pocos metros: uno coge un taxi, o el autobús 27, o el transporte público que más a mano le caiga. Nadie conoce a nadie que, a no ser por algún perverso juego de rol, o en las horas previas a un intento de suicidio, se haya decidido a caminar entre la Plaza de Castilla y los Nuevos Ministerios. En clave poética podría decirse que el eje Castellana-Recoletos-Prado tiene más de herida o de falla geológica que de cristalización urbanística.

Aunque conviene matizar que los tramos situados más al

sur, si que convocan a algunos paseantes: son frecuentes los grupos de turistas en el Paseo del Prado, frente al museo, sobre todo en verano, cuando se descamisan y desmadejan sobre los bancos cercanos, o al pie de la delicada fuente de Ventura Rodríguez que se llama Las Cuatro Estaciones. También suele verse cierta animación a cualquier hora del día en Recoletos, en torno a las terrazas del Café Gijón y de El Espejo. Luego, una vez que se pasa la Plaza de Colón, los peatones se van volviendo más escasos; sin duda, porque los edificios que bordean el paseo están dedicados a grandes actividades que sólo muy pocos humanos pueden aspirar a practicar, ya que, si en los tramos anteriores abundan los edificios públicos, aquí ya todo se convierte en pasto para los grandes bancos y empresas de segu-

ros, finanzas o comunicación, cuyos logotipos se suceden incesantemente en las fachadas: La Caixa, Bankinter, Bankiunión, Deutsche Bank, Aresbank, Commerzbank, BBVA, BSCH, ABC, y tantos otros.

A esta altura, resulta evidente para quien lo recorre que el cordón de la Castellana es la columna vertebral de las finanzas madrileñas, que sería casi tanto como decir "de las finanzas nacionales", si el desarrollo autonómico no hubiera rebajado considerablemente esas aspiraciones de totalidad. Lo mismo puede decirse no sé si para el presente, pero sí al menos para un pasado no muy lejano, en lo que se refiere a la política, y también del paje inseparable del matrimonio entre política y dinero, que es la cultura. En los dos primeros tramos del paseo, se ha anudado al menos durante siglo

y medio el lazo de eso que hasta hace poco se llamaba a boca llena España. El frontón del Parlamento, situado a pocos metros cuesta arriba en la Carrera de San Jerónimo, es sólo la gorra puntiaguda del Golem llamado Estado. Aquí, alineándose en esta avenida se encuentran, entre otras instituciones, el Museo Arqueológico Nacional, encargado de guardar en un sólo contenedor la pluralidad de los distintos pasados remotos de lo que antes se llamaba "las tierras y pueblos de España", para darles un sentido único de destino en lo universal; el Museo del Prado y la Biblioteca Nacional, (esta última vigilada de cerca por la vara de la Real Academia Española de la Lengua), armarios supremos de la sensibilidad colectiva. Y, yendo ya a cosas menos etéreas, en este capitalino eje norte-sur, se sitúa el alma-

cen del dinero patrio y los subterráneos que guardan su preciado oro, el Banco de España, y hasta estuvo hasta hace unas décadas su fábrica, la Casa de la Moneda, que ocupó el solar de la Plaza de Colón sobre el que hoy se levantan unas esculturas de Vaquero Turcios dedicadas al descubrimiento de América, o a algo por el estilo, y también se yergue en ese cogollo institucional el edificio de la Bolsa, cuya columnata mira con un ojo en dirección al monolito que rinde homenaje a los caídos en la defensa de la patria y con el otro a los dos grandes hoteles -Ritz y Palace- que aún recuerdan al paseante la alegría de vivir de ciertas capas sociales en lo que se llamó la Belle Epoque. Entre los dos hoteles, una absurda estatua de Neptuno, dios de un mar al que Madrid no se asoma, esgrime, a modo de carnet de

Entre Cibeles y Atocha, el tramo más verde de la calle mayor de

ciudad discurre entre museos y lujosos hoteles Belle Epoque.



Paseo del Prado

Conviene iniciar el recorrido en la estación de Atocha y visitar tanto el viejo edificio como la nueva construcción de Moneo. Muy cerca, detrás de la calle Atocha, se encuentra el Centro de Arte Reina Sofía que, junto con el Museo del Prado y la fundación Von Thyssen, componen la soberbia oferta cultural de la zona. Hay que visitar el Jardín Botánico, admirar la Iglesia de los Jerónimos, el edificio de la Bolsa, la Real Academia Española de la Lengua, la Plaza de Neptuno y los hoteles Palace y Ritz. Este primer tramo concluye en la bella perspectiva de la Plaza de la Cibeles, donde, además de la popular fuente central, destaca por su grandeza el edificio de Correos, obra de los

arquitectos Palacios y Otamendi.

De gran nobleza constructiva es también el edificio del Banco de España, que ofrece una de las más bellas fachadas de la arquitectura decimonónica. En el Palacio de Linares, se encuentra la Casa de América. Este palacio guarda una abracadabrante historia de incestos y sicofonías y fue elegido por Luis García Berlanga como decorado de su película Patrimonio Nacional.

Digamos -para cerrar el trazado de esta geografía o laberinto del poder- que aquí estuvo también el Ministerio de la Guerra, que ocupaba el palacio de Buenavista y los jardines que forman esquina entre Alcalá y la acera de los impares de Recoletos. O que el edificio de Palacios y Otamendi, que tan hermosamente cierra la Plaza de la Cibeles (hoy Correos), se llamaba Palacio de Comunicaciones, porque centralizaba todos los servicios de correos y telégrafos del país. Mientras que, un poco más al sur, la estación de Atocha cumplía el mismo servicio referido a la red ferroviaria, como centro de un sistema radial que ha provocado que para ir de Vigo a Huelva en tren haya que pasar insoslayablemente por el centro de la capital del Reino.

Por eso, no es casual y si per-

tinente y profundamente significativo que el recorrido del paseante esté cargado de indicadores históricos y empiece en la estación de Atocha, con su espléndida marquesina de hierro y cristal, símbolo de una religión de progreso cuyo dios era una simple caldera de agua hirviendo (la máquina de vapor), en torno a la cual se bailó durante algunos decenios la frenética danza especulativa de la naciente burguesía nacional; y que concluya el paseo, al norte, con esos dos oscuros y estrambóticos edificios inclinados, las torres Puerta de Europa, más popularmente conocidas como Torres Kío, también ellas símbolo y síntoma de una época de especuladores y políticos corruptos: la España de la Guerra del Golfo, del dinero negro kuwaiti, de la Exposición de Sevilla, las Olimpiadas de Barcelona, el

pelotazo inmobiliario y el tren de alta velocidad (cuyo trazado, por cierto, ha supuesto la modificación de la vieja estación de Atocha). Para cuando el Ayuntamiento de Madrid recalificó los terrenos sobre los que se levanta el edificio gemelo, dios se había quitado la máscara del progreso social y era una oscura y viscosa charca de petróleo.

A mitad de recorrido, otras torres gemelas, las de Colón, que antes se llamaron de Rumsa, ilustran acerca de los modales de esa misma burguesía en el tiempo que transcurrió entre el pelotazo de la máquina de vapor y el del motor de explosión. No en vano, aquí, en la Castellana, nació en la capital del Reino el concepto "especulación inmobiliaria", del que el Marqués de Salamanca, promotor del barrio del mismo nombre, fue su representante más característico.

La burguesía velozmente enriquecida en operaciones de créditos ferroviarios e inmobiliarios en tiempos de Isabel II llenó las orillas del paseo de jardines y palacetes que los ricos que vinieron luego derribaron o remodelaron continuando la vocación de esta columna vertebral urbana. En su lugar, o junto a ellos, crecieron atrevidas y bellas estructuras de vidrio y metal. Ya se sabe que la arquitectura es, por razones obvias, el arte que más se ajusta a la vanidad. Hay en el hecho arquitectónico atavismos previos a la condición humana (el lobo que delimita y marca su territorio), y otros que tienen que ver con complejos mecanismos psicoanalíticos de los que tampoco el lobo es a su manera ajeno.

La calle mayor del Madrid del siglo XX lleva doscientos años siendo reflejo de las contradic-

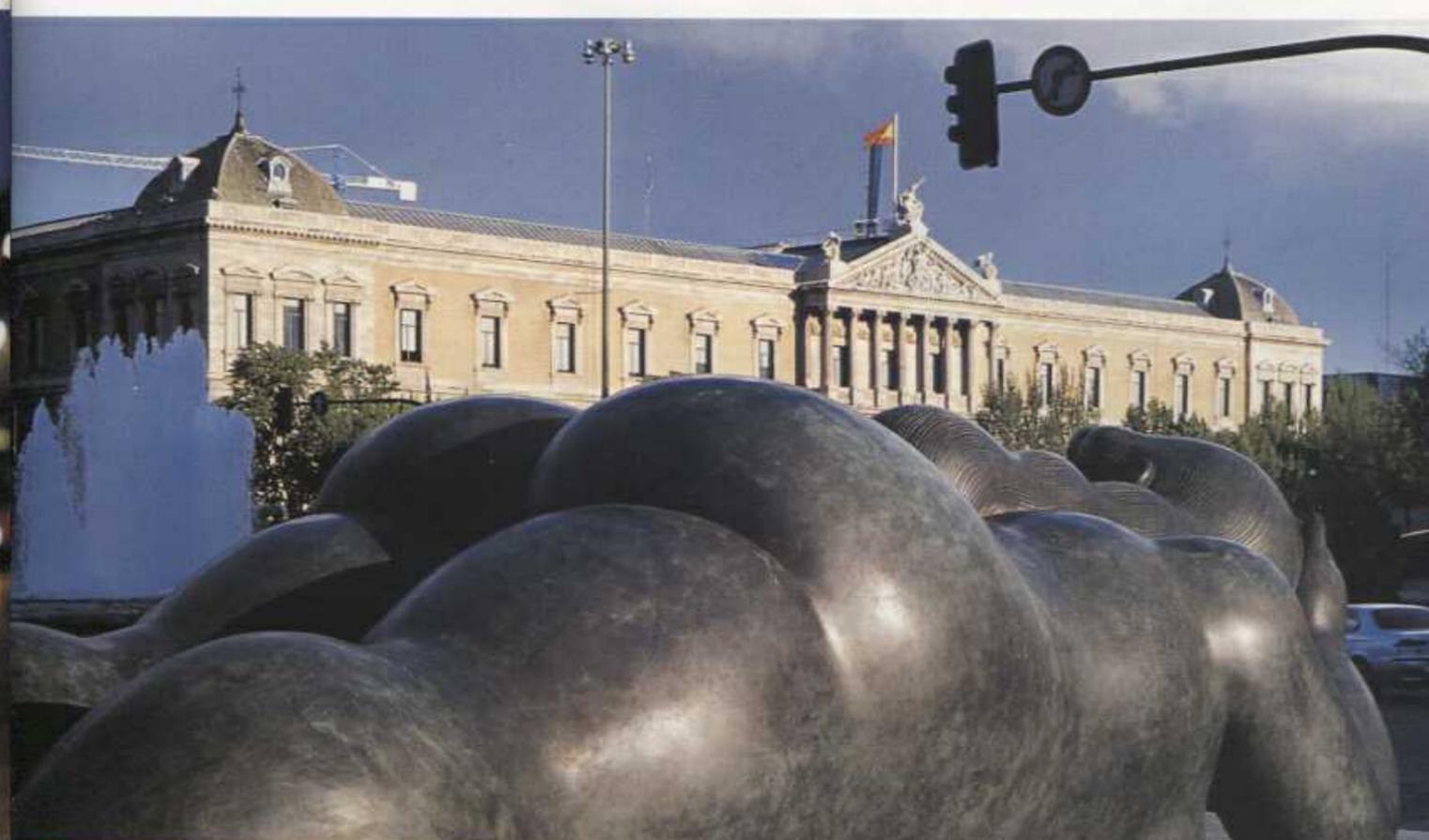
ciones del país, de sus luchas y agonías. Ya lo era en el origen de la urbanización de su primer tramo, el que se llama Paseo del Prado, que, a principios del siglo XIX, aún estaba en buena parte ocupado por la prolongación del bosque del Palacio del Buen Retiro, una masa arbórea que los reyes preservaban intacta para dar rienda a sus aficiones cinegéticas y a sus ocios paseantes y contemplativos. La historiografía local cuenta que la nobleza madrileña adquirió la costumbre de escaparse de las estrechas, abigarradas y malolientes callejas de la capital para pasear más allá de las tapias que servían de muralla a la ciudad. Allí, el aire era más puro, y la vegetación mitigaba el calor del agobiante verano madrileño.

Aderezados con sus mejores galas, los nobles, sus lacayos, carros y caballos se exhibían y

vigilaban en lo que fue convirtiéndose con el discurrir del tiempo en un auténtico paseo salón. Lo más conservador de la sociedad, la rancia aristocracia que rehuía el contacto con el pueblo atascaba con sus carruajes aquel espacio en el que, sin embargo, ya por entonces se llevaban a cabo dos de las más adelantadas experiencias de la época, resultado práctico de las ideas que propugnaba la filosofía ilustrada: el Jardín Botánico, en el que la voluntad del hombre conseguía educar a la naturaleza, adaptando al duro clima mesetario especies exóticas para su observación y estudio; y, ligada a él, la Academia de Historia Natural, que tenía su sede en el edificio de Villanueva que hoy alberga las colecciones del Museo del Prado. La historia, sus avatares y contradicciones han hendido esta calle desde su



La Biblioteca Nacional y el espléndido Museo del Prado se constituyen en armarios supremos de la sensibilidad colectiva del país.



Paseo de Recoletos

En el tramo del Paseo de Recoletos, destaca en la acera izquierda el Café Gijón, con su aura de sede de literatos y gente del teatro. Entre sus clientes históricos cabe destacar a Valle Inclán, los hermanos Machado, Alberti y Lorca. Entre los contemporáneos, la lista sería interminable, valga con nombrar a Umbral, o al recientemente fallecido Buero Vallejo. En la acera de la derecha, hay varios palacios de interés, algunos ocupados por sedes bancarias, y sobresale el pomposo edificio que guarda la Biblioteca Nacional y, a sus espaldas, el Museo Arqueológico Nacional, con sus imponentes colecciones. El tramo termina en la Plaza de Colón, donde se encuentra el Centro Cultural de la Villa, que abre sus puertas bajo la explanada que ocupó la Casa de la Moneda y en la que hoy se levantan unas gigantescas esculturas de Joaquín Vaquero Turcios que, en relación con la primitiva columna y estatua de Colón, están dedicadas al descubrimiento de América. Las torres gemelas de Colón, en su día pertenecientes a Rumasa, fueron obra de Antonio Lamela, y se hicieron célebres por su atrevido sistema de construcción de arriba abajo, mediante cimentación aérea, comprimiendo el edificio sobre la parte superior.



orígenes, obligando al observador a llevar a cabo una lectura contradictoria. En el escenario del poder no siempre -o, por ser más exactos, sólo en contadas ocasiones- se representan comedias y el ruido de un disparo resulta que es un taponazo de champán, como en la película *El apartamento*, de Billy Wilder. Más comunmente, manda la tragedia, y en la Castellana se han representado unas cuantas sesiones del género.

En el palacio de Buenavista, el que fue sede del Ministerio de la Guerra, entró una fría noche de invierno de 1870 la berlina que transportaba a Prim agonizante, víctima de un atentado cuya autoría nunca se esclareció. Prim se llevó consigo la esperanza de una monarquía liberal y constitucional para España. A pocos metros, en plena plaza de Cibelas, Alfonso XIII tuvo

más suerte que Prim y salió indemne de otro atentado. En un palacete que fue derribado hace unos años, y cuyo solar ocupa hoy la embajada americana (otra pieza indispensable en el puzzle del poder del barrio), estuvo expuesto el cadáver de Cánovas (de nuevo, un atentado, éste en un balneario), y, justo enfrente, voló medio siglo después el vehículo que transportaba al almirante Carrero Blanco. El impulso del explosivo hizo que el coche cayera en un patio trasero tras saltar sobre el edificio de la iglesia de los Jesuitas, cuya cornisa rompió. Se rompía también la cadena de acontecimientos que Franco, queriendo ganar batallas desde el más allá como hiciera el Cid, había previsto que se desarrollaran tras su muerte, que, por cierto, ocurrió un par de años más tarde, también en la línea de este eje

de la Castellana, en el Hospital de la Paz, a espaldas de la Plaza de Castilla, en cuya glorieta central se levanta el monumento a Calvo Sotelo, ex-ministro de Economía durante la dictadura de Primo de Rivera y víctima también él de la violencia política. Su asesinato sirvió de excusa a los militares rebeldes para levantarse contra la Segunda República. Por su parte, Franco, que perdió a su sucesor Carrero, murió sin saber que iba a ganar la batalla de la inmortalidad por otros medios, como en las obras de Clausewitz.

La historia no se deja atrapar, pero busca una y otra vez los mismos escenarios. "La Castellana, escenario del poder" titularon hace algunos años Francisco Azorín y María Isabel Gea un excelente libro sobre la arquitectura de la arteria madrileña, sin cuyas utilísimas informaciones

este artículo tendría muchas menos cosas que contar. Poder y contrapoderes: Los obreros antifranquistas ocupaban cada víspera del primero de mayo la Glorieta de Atocha y, en el Palacio de Comunicaciones, el edificio de Palacios y Otamendi del que Chueca Gotia dijo que él solo era un trozo de ciudad, ondeó en Madrid por primera vez la bandera republicana el 14 de abril de 1931. Hay fotos que recogen ese momento emocionante (¿por qué no dedicarles a los de abajo media docena de líneas de esta gran avenida de papel?). Luego, Franco elegiría el paseo de Recoletos y la Castellana para celebrar sus anuales desfiles de la Victoria. La fragilidad de los proyectos de los hombres y su permanencia. La Cibelas permaneció durante la guerra fajada con un corsé de cemento y sacos terreros. Hoy sufre la periódica

agresión de los vándalos que celebran sus victorias futbolísticas. No la mutilaron las bombas durante el cerco de Madrid, la mutila de vez en cuando el eco de un balonazo.

Dice uno de los personajes de "Los hermanos Tanner", la novela del gran escritor suizo-alemán Robert Walser: "allá fuera se extienden los bosques, las colinas y los anchos prados, mientras nosotros estamos aquí, sentados en un espléndido teatro. Muy extraño, aunque quizá todo sea naturaleza. No sólo esas cosas grandes que hay allá fuera, sino también las mudables y pequeñas que crean los hombres (...) Por más refinada que sea la cultura, seguirá siendo naturaleza (...) Cuando usted pinta un cuadro (...), el cuadro se vuelve naturaleza, porque usted pinta con los dedos que, al fin y al cabo, le dio la naturaleza". El tea-

tro edificado por los hombres y las piezas que en él se representan, como partes de la naturaleza: cuesta trabajo creer esa afirmación cuando uno contempla los edificios verticales de Azca, junto a la acera izquierda del último tramo de este paseo que, si en su conjunto se ofrece como un canto al artificio y al poder del dinero, en esta manzana parece proclamar la definitiva ruptura del cordón umbilical que une al hombre con la naturaleza. Claro que podríamos aplicar ese mismo criterio a las hormigas africanas cuyas construcciones se levantan varios metros por encima del suelo, y que, para su trabajo, parece obvio que se ven obligadas a desarrollar complejos sistemas de comunicación.

Aquí, en el espacio que ocupa Azca, al contrario que en el texto de Walser, hasta hace

Los rascacielos de Azca, un canto al poder, parecen proclamar la ruptura del cordón umbilical que une al hombre con la naturaleza.



Paseo de la Castellana

Quedan algunos palacios en este tramo, como el que ocupa la Presidencia de Gobierno, antiguo Palacio de Villamejor, o el Palacio Conde de la Aliseda, que fue sede de Falange durante sus primeros tiempos. Entre los de nueva construcción destacan en la acera izquierda el que ocupa la embajada alemana, el edificio Pirámide, también de Lamela, el de la Unión y el Fénix, de Gutiérrez Soto, el de la Caixa, o el de Bankinter, de Moneo y Boscós y el de los Nuevos Ministerios, que inició Zuazo; en la derecha, el Hotel Villamagna, el que ocupa el Deutsche Bank, el neomodéjar edificio del ABC, o el polémico de Bankiunión. En esta zona, destaca el Museo de Escultura al aire libre, bajo el paso elevado de Juan Bravo, con obras de Rivera, Alfaro, Sempere, Pablo Serrano y Chillida. La Escuela de Ingeniería Industrial, el Museo de Ciencias Naturales y el monumento a la Constitución cierran esta primera parte del Paseo de la Castellana.

En el tamo de la prolongación, la acera izquierda y el complejo Azca presentan la mayor aglomeración de grandes edificios de calidad: el del BBVA, obra maestra de Sáenz de Oiza; el edificio Windsor, la "Torre Negra" del BSCH, y la blanca y armoniosa Torre Picasso, del autor de las torres gemelas de Nueva York, el edificio Torre Europa, de Miguel Oriol, son algunos de los más conocidos. Pasado Azca, hay que destacar el Palacio de Congresos y Exposiciones, con el gran mural de su fachada sobre diseño de Joan Miró y realizado en cerámica por Artigas. En la otra acera, el edificio más peculiar es el enorme estadio de fútbol del Real Madrid. En la Plaza de Castilla, dominan el panorama urbano las peculiares torres Kjo, o Puerta de Europa, con proyecto de Burgee. En el centro de la plaza, se levanta el monumento a Calvo Sotelo, y en uno de los laterales el depósito elevado del Canal de Isabel II.

pocos años la pequeña y desahogada era la naturaleza y lo que roza la desmesura es lo que el hombre ha construido. Aquellos terrenos eran descampados en los que pastaban ovejas y cabras, desmontes, casuchas y chabolas, o pequeños almacenes de buscones que se extendían a espaldas de las tapias del viejo hipódromo que tuvo que ser derribado para prolongar el trazado del eje norte-sur de la nueva ciudad. El proyecto quiso ser símbolo de la voluntad de higiene y racionalidad de una joven república y -naturaleza humana, o historia?- pasó a convertirse en el terreno elegido para la más salvaje especulación franquista. El felipismo le pondría la guinda al pastel cuarenta años más tarde.

El misterioso nombre de Azca parece remitirnos a algún exótico lenguaje amerindio,

pero en realidad no es más que la sustantivación de las siglas con que calificó este espacio el Ayuntamiento de Madrid: Asociación Zona Comercial Manzana A. Se proyectó que ahí se levantara un lujoso teatro de la ópera, que hubiera jardines, fuentes y grandes espacios públicos, pero la naturaleza (humana, claro está), o la historia acabaron adaptándose una vez más a la función de escaparate de poderosos que la avenida ha tenido desde sus orígenes y Madrid encontró en esos terrenos que habían en parte pertenecido a la UGT de antes de la guerra, el modo de parecerse a Manhattan: las grandes empresas bascularon hacia un nuevo centro urbano. Bancos, aseguradoras y (signo de los nuevos tiempos) grupos mediáticos compitieron por erigir altivos y bellos edificios, muchos de los

cuales ya se estudian en las escuelas de arquitectura: el que el BBV encargó a Sáenz de Oiza, con sus cristales oscuros y las bandas de metal que se oxidan delicadamente; el edificio Windsor, de Pedro Casariego y Genaro Alas; la soberbia y ordenada torre Picasso, con sus ciento cincuenta metros de altura, una de las más elevadas de Europa, y cuya construcción inició Minoru Yamasaki, el autor de las torres gemelas de Nueva York, quien, por cierto, falleció sin ver concluidas las obras del edificio que había proyectado; o Torre Europa, una ligera cristalera vertical en forma de pistola, obra de Miguel Oriol. Acabado el proceso de urbanización, a ras de suelo, entre ese deslumbrante catálogo de edificios, se extienden las vacías plazas de hormigón, y un desolado laberinto de pasadizos que

han convertido la zona en sórdida y peligrosa, justo lo contrario de lo que decían pretender sus proyectistas. Nada ni nadie escapa al signo de los tiempos, y el signo de los tiempos es el aislamiento egoísta, la seguridad privada y la intemperie pública. La sarcásticamente llamada "zona pública" de Azca ilustra a la perfección el modelo de sociedad y urbanismo actuales en los que la vida que merece la pena vivirse se traslada de un sitio a otro en furgón blindado.

El proyecto de prolongación de la Castellana, en el que está incluido el espacio de Azca, se debió a Indalecio Prieto, Ministro de Obras Públicas de la II República, quien encargó su ejecución -concurso mediante- a Zuazo. Quería una ciudad higiénica, racional y bien comunicada al norte de la vieja capital, y para ello

proyectó también el túnel ferroviario que pronto los madrileños llamaron "el tubo de la risa", y que hasta unos cuantos decenios más tarde no uniría Atocha con la nueva estación de Chamartín. El derribo del hipódromo y su traslado a la Zarzuela y el inicio de la construcción del edificio que hoy conocemos como Nuevos Ministerios fueron los primeros pasos de ese proyecto que la guerra interrumpió. Franco convirtió el poderoso edificio de los Nuevos Ministerios en referente arquitectónico de su régimen, seguramente atraído por su aspecto entre clásico y escurialense. Para entonces, Zuazo, el arquitecto que lo había diseñado, ya vivía en un exilio del que volvería años más tarde para sufrir el ostracismo social y abandonar su brillante trayectoria de reconocido arquitecto.

Entre tanto, Franco había

convertido el inicial proyecto racionalista en el de una soberbia avenida imperial a la que no debían faltarle obeliscos, pirámides y monolitos que acompañaran el paso frecuente de ejércitos imperiales que volvieran de conseguir lejanas victorias. También en este caso las cosas ocurrieron de distinta manera a como estaban previstas. Sólo llegó el patriotismo a estas aceras en las manifestaciones que organizaba el sindicato vertical cada 1º de mayo en el estadio Santiago Bernabeu (por entonces, el edificio de mayor superficie de España), y en las que pudorosas señoritas de provincias se mezclaban con campesinas y se vestían y bailaban como si fueran obreras soviéticas o chinas. Lo que pasó más bien fue que el barrio empezó a llenarse de beneficiarios del estraperlo y el ejército que lo ocu-



moderados le p... sop... l... l...



pó no fue precisamente el de Franco, porque, de repente, muchos de los soldados americanos que empezaron a llegar a España a raíz de los tratados de amistad y cooperación con los Estados Unidos eligieron como lugar de residencia esta zona de la Castellana.

La Corea, empezó a llamarse popularmente un barrio que Franco había imaginado como escenario para su ejército glorioso. Y el nombre de La Corea se debía a que buena parte de aquellos soldados yanquis que llegaban a Madrid eran licenciados de la guerra que acababa de concluir en el país oriental. La calle Doctor Fleming y sus alrededores se poblaron de locales con nombres que recordaban la toponimia originaria de sus clientes. En las fachadas parpadeaban las luces de neón y en el interior mujeres llegadas

de toda España aprendían a decir en inglés la palabra amor y otras bastante menos abstractas. El imperio real se impulsó al imperio de la retórica y a aquel Madrid que aspiraba a ser la capital del mundo lo tumbaban varias veces al día en una cama circular que tenía el tamaño exacto del globo terráqueo y que pasaba, entre otros lugares, por Hong-Kong, Saigón, Bangkok o Roma, ciudades en las que también aprendían los secretos de la lengua de los colonizadores miles de mujeres. El último tramo de la Castellana se convirtió de ese modo no en motivo de interminables poemas épicos, sino en tema de novelas de supuesta denuncia que lo elegían como metáfora de la degradación de la juventud española de la época. "Paralelo 40" o "Madrid Costa Fleming" fueron los títulos de dos de

esas novelas; José Luis Castillo Puche y Angel Palomino, sus responsables. La Castellana añadía al binomio política y dinero un nuevo elemento, el sexo, para cerrar coherentemente la trinidad sobre la que se asienta todo poder.

Fue, a pesar de todo, un sexo tímido aquel de finales de los cincuenta. El tiempo lo volvería más descarado y complejo, hasta convertir la gran avenida madrileña en un escaparate de todas las variantes sexuales que la rica naturaleza ha inventado, practicadas por todas las razas que los tratados de antropología clasifican, aunque, eso sí, en todos los casos convocadas unas y otras por la llamada inapelable del dinero. Pero eso es otro capítulo de la calle y de la historia del poder, y ocurre más bien de noche, cuando todos los gatos son pardos, y el largo

paseo que nadie recorre de día se convierte en un hervidero de gente insomne. Si además, resulta que la noche es noche de verano, el paseante curioso descubre que los bulevares que durante el día se le aparecieron patéticamente abandonados, se han llenado con la animación de las terrazas en las que Madrid cumple el rito de la playa asomándose a un mar de coches de carrocería metalizada.

De mesa a mesa, o desde el césped, la gente se contempla, y vigila, como se contemplaban y vigilaban los aristócratas que empezaron a pasear hace doscientos años por el Paseo del Prado. Y el caminante descubre, de nuevo, ritos de permanencia bajo la más radical novedad. Y es que la naturaleza, o la historia, tienen la manía de repetirse y, para ello, con demasiada frecuencia eligen los mismos escenarios. ■